

CICLO I: LA ACCIÓN SALVADORA DE DIOS EN Y POR JESÚS, CRISTO Y SEÑOR

**CUANDO LA REALIDAD SE RECONCILIA CON EL DESEO
El Padre nos ha reconciliado con él y entre nosotros en Cristo**

Seguro que cuando Viggo Mortensen habló sobre el perdón en la presentación de su nueva obra de teatro, 'Purgatorio', no esperaba levantar tanta polvareda. En una situación tan delicada como la actual, Mortensen habló con claridad sobre la necesidad de que, si se quiere perdonar a ETA, habría que hacerlo «sin condiciones». La reacción fue múltiple y, en muchos casos, visceral. Esto indica que el tema de la reconciliación es siempre una cuestión candente en las sociedades porque se están confrontando dos modelos de “humanidad”, la de la víctima y la del victimario. No ha de extrañar que, ante un problema de reconciliación, la respuesta oscile desde la mayor generosidad hasta la venganza explícita. ¿Cómo encontrar caminos de confluencia? ¿Cómo no abandonar el sueño frágil de una humanidad, de una historia reconciliada? ¿Qué puede aportar a ese sueño la persona de Jesús? ¿Cuál ha de ser la tarea encomendada a las religiones? Toda una serie de preguntas de difícil solución.

Lo que sí queda claro es que la reconciliación es un mecanismo necesario de humanización. Efectivamente, la convivencia humana, en sus modos más crispados y violentos, destroza la relación y pone lo humano al borde del abismo. Para volver a la senda del caminar humano se requiere la reconciliación y el perdón como requisito insustituible. El reconocimiento del daño es el primer paso; la petición sincera de perdón el siguiente. Son las puertas que se abren para una posible humanización. Se precisa un esfuerzo titánico para sobreponerse a la desconfianza de quienes dicen que “es absurdo pretender que los que destrozaron fríamente tu existencia te pidan perdón. Sería incoherente y falso, no me lo creería, no me consolaría, desprendería el aroma del posibilismo y la mentira, no lo aceptaría” (C. Boyero, *¿Perdón?*, p.57). Hay que dar un paso más para que lo humano triunfe sobre el lado vengativo de la estructura histórica.

El gran trabajo de la obra de reconciliación histórica es reconciliar la dura realidad con el inapagable deseo de la bondad. No puede haber reconciliación fuera del ámbito de la realidad, marcada ésta por el dolor, la profunda herida y el horror. Pero la magnitud del mal no puede hacer olvidar el anhelo de la justicia y del perdón, aunque vaya “contra el sentido común, contra los sentimientos comunes, contra la sana indignación ante el salvajismo, contra el equilibrio de la justicia” (J. A. Marina, *La lucha por la dignidad*, p.12). Los trabajos de la reconciliación se sitúan en el “más allá” de la justicia. Por evidente que sea el precio que haya que pagar a la legalidad y también por evidente que se manifieste en muchas personas este afán de satisfacer lo hecho en maneras cercanas a los sentimientos de venganza, hay un “más allá” que late en el fondo de la

estructura humana. Ese es el terreno de la reconciliación. Por eso resulta tan difícil, tan problemática.

Más aún, para frecuentar el camino de la reconciliación habrá que aceptar que en ese camino ha de estar bien presente el tema de la memoria, la justicia “anamnética”: “La lucha por hacer realidad la justicia no solo mira hacia un futuro utópico, en el que los beneficiarios disfrutarán de las luchas pasadas de espaldas a las víctimas de la historia de sufrimiento. La esperanza que inspira la lucha cristiana por la justicia, es una esperanza solidaria no solo con los que aquí y ahora sufren injustamente, no solo con las generaciones venideras, sino también con las víctimas de la injusticia pasada, cuyas demandas de una redención todavía pendiente es parte constitutiva de esa esperanza...La experiencia de Dios queda así vinculada a la historia del sufrimiento” (J.A.Zamora, *Experiencia de Dios y justicia anamnética de las víctimas*, p.55). No se podrá construir el edificio de la reconciliación sin este material de base.

Y siguiendo el pensamiento de la carta a los Efesios, como luego diremos, la gran obra de Dios en Jesús y, por ello, de la comunidad cristiana ha de ser la tarea de construir el frágil, difícil e imprescindible edificio de la reconciliación. Habrá que luchar contra prejuicios atávicos, contra la legalidad como único ámbito de decisiones y, en definitiva, contra los estratos más profundos de la estructura humana que incitan a caminos diversos a la reconciliación. Los mismos mecanismos religiosos, al menos si se los toma en los modos de la sociología religiosa, invitan, con frecuencia, a lo contrario. Pero el anhelo de la “obra de Dios” que es la reconciliación seguirá ahí como asignatura pendiente para la persona y, con más razón, para quien dé fe a la Escritura. Se trata del incomprensible “setenta veces siete” del Evangelio (Mt 18,21-22). Despojar al Evangelio de estos anhelos básicos es reducir a la nada el sueño de Jesús, el de la nueva sociedad, el de la fraternidad, el de Reinado de Dios.

No obstante, la reconciliación tiene una dimensión de futuro ineludible que va más allá del mero compromiso de prevención: se trata de colaborar a la reconciliación no solamente como prevención, sino también como constructores de la utopía de una historia reconciliada. Por eso, los interrogantes generales que plantea el futuro serán leídos desde el anhelo de esa humanidad reconciliada nunca lograda.

Hacemos nuestros los inspirados versos de H. Mújica: “En el fracaso de la búsqueda/ se nos revela lo que nos encuentra:/ lo que pide ser acogido/ en el vacío de lo que nos fue arrancado” (*Y siempre después el viento*, p.29). Por profundos que sean los fracasos en la construcción de un mundo reconciliado, nada merma su potencial revelatorio, eso que sale a nuestro camino, la mano tendida de las personas buenas (y de Dios) que ofrecen reconciliación. Quizá hoy, más que nunca, tendríamos que acoger esa oferta, que es también reto, para llenar el vacío de algo que nos fue arrancado, algo que pertenece a la misma historia del cosmos: el sueño lícito de vivir en paz con todos y con todo, en modos reconciliados y dichosos.

1. La memoria es justicia

La memoria es parte de la justicia y ésta requisito insustituible para toda reconciliación. Por eso, conviene reflexionar sobre el papel de la memoria en el proceso de reconciliación. ¿Cuál es el papel de esta justicia hecha de memoria? R. Mate (*Auschwitz*, pp.100-125) le atribuye los siguientes cometidos:

- a) En un primer nivel, la memoria tiene por tarea evitar la repetición de la catástrofe. Si olvidamos el pasado, el crimen pasado, nada impide que el asesino ande suelto. Y que la historia se repita. Si olvidamos la injusticia o si la damos por prescripta, en-

tonces todo es posible, todo está permitido. El acento está puesto, en ese primer momento, en los supervivientes.

- b) El recuerdo mantiene vivos, vigentes, los derechos que una vez le fueron negados o pisoteados. La memoria equivale entonces a exigencia de justicia y olvido es sanción de la injusticia. La memoria no es un adorno sino un acto de justicia.
- c) Si la memoria es un acto de justicia, entonces no podemos frustrar a las víctimas, ofreciéndoles una justicia retórica. Lo que está en juego no es sólo el reconocimiento del derecho a la felicidad de las víctimas, sino mucho más: la exigencia de felicidad, de esa felicidad que tuvieron tantos seres humanos y de la que se les privó injustamente.

Desde aquí se puede elaborar el pensamiento de lo que significa que la memoria sea justicia:

- Sin memoria no hay injusticia: porque entonces es como si la injusticia no hubiera ocurrido nunca y el mundo pudiera organizarse como si no se hubiera dado la barbarie.
- Sin memoria, por supuesto, no hay justicia: porque la memoria lo es también de lo irreparable, reconociendo el cimiento de daño sobre el que construye nuestro bienestar.
- La memoria abre expedientes hasta que el daño esté reparado porque hace un juicio moral sobre lo ocurrido: no vale pues con contar lo que ha pasado (historia) o, menos todavía, olvidarlo (prescripción del delito).
- La memoria hace que la justicia global sea universal: es la justicia transterritorial que se asienta sobre los derechos de las víctimas y de los pobres más allá de tiempo y espacio.
- El final del proceso de la memoria es la reconciliación: suturar la fractura y recuperar para la sociedad a la víctima y al victimario.

La conclusión general es que la memoria permite rescatar el viejo concepto de justicia general: “La justicia es como un ánfora rota cuya reconstrucción depende de que encontremos a cada parte su trozo correspondiente” (R. Mate *Por una justicia anamnética*, p.47). En el judaísmo se cuenta con la figura cabalística del *tikkun*, que expresa la idea de redención entendida como vuelta de todas las cosas a su estado original. En el cristianismo se cuenta con la de *apocatástasis*, que evoca, por un lado, la idea de *restitutio* (reestablecimiento del estado original de las cosas) y, por otro, la de un *novum* (anuncio de un nuevo futuro). Este concepto de *apocatástasis* es el que Ef 1,10 traducirá por *anakefalaiosis*, reconciliación en una sola “cabeza”, en una realidad reconciliada.

Únicamente desde esta clase de planteamientos se puede conjurar el peligro del olvido y, más aún, el de la venganza amenazadora: “Creemos que existe otro tipo de justicia –una que restituye, que no está tan interesada en el castigo sino en corregir las desproporciones, en restaurar las relaciones rotas– con curación, armonía y reconciliación. Tal justicia se enfoca en la experiencia de las víctimas; de aquí la importancia de la reparación.” (D. Mpilo Tutu, *Introducción al informe*, 2001, p. 13).

2. Los mecanismos básicos de la reconciliación

Antes de entrar al campo de la espiritualidad bíblica, quizá sea útil proponer, además de la memoria, un segundo previo. ¿Cómo funcionan los mecanismos básicos de la reconciliación? Vamos a tomar como referencia el planteamiento que propone J. Fernández (*Ser humano en los conflictos*, p.309):

- Lo primero que es preciso decir atañe a la definición y objetivo básicos de la reconciliación: recuperar una convivencia basada en el respeto y la aceptación mutua. Es decir, no se pide a nadie de salida que cambie su postura vital sino que, básicamente, respete y acepte la presencia del otro, del distinto, del que le ha herido.
- Es preciso, además, medir bien los límites de esta postura: no se trata de volver a la antigua amistad, sino de respetarse; no puede ser entendida la reconciliación como un deber de las víctimas, sino como una responsabilidad de toda la sociedad; en modo alguno puede ser olvido o amnesia, sino recuerdo y memoria crítica; por supuesto, no es ajuste de cuentas, ni venganza, sino humildad y hasta generosidad.
- Para que la reconciliación prospere es preciso tener un par de actitudes básicas: voluntad de reconciliación y certeza de que se construye dentro de nosotros sin echar balones fuera.
- Hay dos requisitos necesarios difíciles de asumir porque tocan al fondo de la estructura humana: aceptar las diferencias y respetar siempre la inviolabilidad de la dignidad humana. Distinto y digno, esto es básico.
- El éxito modesto del trabajo reconciliador es llegar a compartir una nueva forma de mirarnos, de relacionarnos con nuestro pasado, presente y futuro: con el pasado adquiriendo un compromiso de reparación; con el presente llegando a un compromiso de no repetición; con el futuro trabajando un compromiso de prevención:
 - De cara al pasado: como sociedad avivar la memoria del sufrimiento, apoyar de manera lo más integral posible a las víctimas; impulsar un proceso de revisión crítica del pasado; como persona escuchar sin juicios y sin prejuicios, talante crítico con lo ocurrido, verbalizar lo que no se hizo bien.
 - De cara al presente: como sociedad establecer mecanismos de vigilancia para la no repetición, prometer que si hay conflicto se recurrirá al diálogo, trabajar la cultura de la paz; como personas: compromiso claro de no repetición, humildad para reconocer los límites, generosidad para con la verdad del otro, capacidad de pedir perdón y de perdonar.
 - De cara al futuro: como sociedad educar, sensibilizar, crear recursos en torno al tema de la paz; como persona voluntad firme de no querer repetir errores del pasado, adoptar estrategias que no aboquen a las situaciones del pasado.

¿Es esto una pura utopía? ¿Cómo encarar la actitud del fondo del corazón humano que nos dice que esto no es real, que no puede ser? ¿Cómo seguir siendo creyente en una religión del perdón si este análisis se nos antoja angelical? Dice Miguel Herrero de Miñón en el prólogo a la obra de J. Fernández: “La reconciliación y la integración requieren algo más que la mecánica del laudo. Y ese plus solo pueden darlo, en efecto, esas otras categorías preñadas de sentimientos que sólo el corazón conoce” (*Ser humano*, p.16). De ahí que no creer en estas posibilidades no solamente pone en cuestión nuestros planteamientos ideológicos, sino también nuestra más elemental base humana, la humanidad del propio corazón. ¿Seremos una sociedad, una comunidad cristiana, sin corazón?

3. Una tarea de reconciliación: la espiritualidad de la carta a los Efesios

Efesios es un texto escrito en la cárcel, muy relacionado con Colosenses y conoedor de los escritos paulinos auténticos. No es, pues, de Pablo, ni por fecha (es de entre el 80 y el 100 a.C.), ni por destinatarios (no fijados de antemano), ni por lenguaje (muy semítico) o vocabulario, ni por construcción gramatical. Incluso ciertos temas como el asentamiento de la comunidad en los profetas y apóstoles, no en Cristo, le son ajenos al primer Pablo (comparar Ef 2,20-21 con 1 Cor 1,26). Sin embargo, puede ser muy útil para desvelar el estilo de iglesia al que puede estar llamada la comunidad de Jesús. Fundamentalmente a una formidable tarea reconciliadora en el seno de una sociedad, de una estructura humana, marcada por el conflicto.

1. Lo fundamental: tarea reconciliadora de la comunidad humana

Iniciemos nuestra lectura sincrónica por lo fundamental: según Efesios, lo que Dios quiere realizar en la historia, y en lo que la comunidad cristiana ha de jugar un papel activo, es poner en pie una gran obra de reconciliación. Viene dicho desde el himno-pórtico de la carta: Dios “nos ha revelado su designio secreto” (*Gnôrisas hêmin to mystêrion tou thelêmatos autou*, 1,9), su sueño más querido: “llevar la historia a su plenitud, haciendo la unidad del universo por medio del Mesías Jesús, de lo terrestre y de lo celeste” (*Eis oikonomian tou plêrômatos tôn kairôn, anakephalaiôsasthai ta panta en tô Khristô, ta epi tois ouranois kai ta epi tês gês en autô*, 1,10). Esta es la gran obra que Jesús y su Espíritu van haciendo en la historia: una unificación que apunte a la plenitud. Incluso lo cósmico, “lo celeste” entra en esta dinámica. Resuenan como llenos de sentido los planteamientos del P.Teilhard de Chardin cuando hablaba en sus obras del famoso “punto Omega” en el que confluirá el universo teniendo por centro a Cristo (Cf P.Teilhard de Chardin, *Himno al universo*, p.16-22). De ahí que, como luego se dirá, los esfuerzos de la comunidad creyente tienen que estar orientados en esa misma dirección: hacer obra de reconciliación de confluencia, de unificación, de fraterna globalización.

Para mostrar la posibilidad y hasta la evidencia de esta gran certeza creyente, Efesios recurre a lo que ha ocurrido en la misma comunidad cristiana: de dos pueblos (el pagano y el judío), Jesús ha hecho un solo pueblo: “de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria...así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva” (*Hina tous duo ktisê en autô eis hena kainon anthrôpon poiôn eirênên*, 2,15b). Esta evidencia de la humanidad nueva, reconciliada, ha de ser la gran aspiración de la comunidad. Su gran tarea, trabajar en la línea de la reconciliación social.

La herramienta y el fruto de esta tarea de reconciliación es, sin duda, el logro de la paz. Efesios actualiza una frase de Isaías: Por Jesús, Dios “anunció la paz a los que estabais lejos y la paz a los que estaban cerca” (Is 57,19; *Euêngelisato eirênên hymin tois markan kai eirênên tois engys*, 2,15). La paz es el rostro de la reconciliación y ésta la certeza de que la comunidad camina en la línea del secreto designio, del sueño de Dios sobre la historia. Esa es la manera de tener “acceso al Padre” (*Pros ton patera*, 2,18b). Todo se nubla cuando se pierde esta orientación reconciliadora; el camino histórico de la comunidad se ilumina cuando se camina en esa dirección.

Este es el cimiento sobre el que se construye el verdadero “cuerpo” de la comunidad y de la sociedad. Así se construye el verdadero templo, el “templo consagrado al Señor” (*Naon hagion en kyriô*, 2,21b), el edificio de una vida humanizada. Esta obra nueva y magnífica no la construye únicamente la comunidad cristiana, sino que ha de hacerlo “con los demás”, con toda persona. Evidentemente no estamos hablando de templos religiosos (hasta la metáfora está superada, aunque tiene su novedad al plantear un templo no religioso), sino de un tipo de relación social armónica, respetuosa, pacificada y, en suma, fraterna. Anidan aquí los mejores sueños de la utopía cristiana y de

Dios mismo. Relegarlos por inalcanzables es renunciar a lo mejor del horizonte evangélico.

2) *Jesús pertenece a la humanidad*

Esta certeza de que la comunidad tiene como meta colaborar en la gran obra de reconciliación de la historia se asienta sobre otra certeza indudable: Jesús pertenece a todos, no se puede reducirlo al ámbito de quienes creen en él. Jesús y sus valores son patrimonio de la historia. Es cierto, dice Efesios, que en el designio de Dios estaba el hacer de Israel, de “nosotros” su heredad “para que quienes ya esperábamos en el Mesías fuéramos himno de su gloria” (*Eis to einai hêmas eis epainon doxês autou tous proêlpikotas en tô Khristô*, 1,12). Efectivamente, el autor cree que en Jesús llegan a su culmen las promesas hechas a Israel. Por eso, y como es lógico, Jesús es, de alguna manera, patrimonio específico del pueblo judío y hace parte de su horizonte espiritual.

Pero también lo es de los paganos, de aquellos que caen fuera de las fronteras étnicas de Israel. Quienes han escuchado “el mensaje de la verdad, la buena noticia de la salvación” (*Ton logon tês alêthêias, to euangelion tês sôtêrias hymôn*, 1,13a), por ese medio, han pasado a tener también como patrimonio vital los valores y la propuesta de Jesús. Así han sido “sellados con el Espíritu Santo prometido” (*Esphragisthête tô pneumatî*, 1,13b). Lo que quiere decir que han entrado de lleno en el movimiento integrador y salvífico de la historia según el designio de Dios.

Tanto unos, judíos, como otros, paganos, serán así “himno a su gloria” (*Eis epainon doxês*, 1,12), es decir, evidencia de que el designio del Padre es universal porque la pertenencia de Jesús es a la historia, no únicamente a una religión.

3) *La comunidad cristiana anunciadora del designio de reconciliación*

Si el designio es, como decimos, el anuncio de una gran obra de reconciliación que Dios quiere ir haciendo en la historia, por medio de Jesús, la comunidad cristiana, más que anuncio explícito de contenidos religiosos, habría de ser mensajera del designio. Y eso ha de hacerlo, lógicamente, controlando cualquier discriminación de religión o de raza.

Así es. El designio de Dios es que “por medio de la comunidad, se den a conocer las múltiples formas de la sabiduría de Dios” (*Hina gnôristhê... dia tês ekklêsias hê polypoikilos sophia tou Theou*, 3,10). La comunidad, en lugar de hacer ninguna clase de proselitismo religioso, ha de intentar hacer ver que “la sabiduría de Dios”, su manera de entendernos en igualdad por encima de cualquier adscripción religiosa, es “múltiple”, que sus caminos son diversos, no únicos. Esto habría de llevar a la conexión con toda persona, con toda realidad, puesto que todas quedan englobadas en esa sabiduría de Dios que busca la plenitud de la persona.

Para que esto quede concretado y con rostro histórico, Efesios dice que ese designio de Dios se “ha llevado a efecto mediante el Mesías, Jesús Señor nuestro” (*En tô Khristô Iêsou tô kyriô hêmôn*, 3,11b). Piensa el autor que los valores del Evangelio son útiles y suficientes para comprender el designio de Dios y apuntarse a una obra efectiva de reconciliación. No es una propuesta que excluya a otros caminos porque entonces se irían con el “múltiple” actuar de Dios. Pero, creyendo que lo de Jesús es bueno, la comunidad lo propone como un camino válido.

Si esto es así, la múltiple sabiduría de Dios es inclusiva de cualquier camino humano y, por ello, quedan superadas las discriminaciones por razones de raza, religión o cualquier otra razón que se aduzca. De tal manera que toda persona podría acercarse a

Dios sin temor y sin intermediarios, “con la osadía que da la fe en él” (*En hô ekhomen tèn parrêsian...dia tês pisteôs autou*, 3,12). Piensa Efesios que esta libertad es el efecto de la adhesión a Jesús. De tal manera que no se han de temer las dificultades inherentes a una propuesta de universalismo. Esas dificultades son para el autor y pueden serlo para la comunidad “su gloria” (*Doxa hymôn*, 3,13b).

4) *La imprescindible unidad, en la diversidad*

El tema de la reconciliación es la forma suprema de la unidad humana y comunitaria. Por eso, no ha de extrañar que Efesios, retomando la metáfora del cuerpo muy empleada en la literatura de la época y que san Pablo mismo utiliza (1 Cor 12,12ss), elabore una espiritualidad de la unidad en la diversidad ante la evidencia de que la comunidad está llamada a unir a paganos y a judíos, es decir, a toda persona. Una comunidad que brota de la uniformidad no estaría capacitada para hablar de la reconciliación como designio de Dios. Es más bien el camino de la diversidad coordinada, de la libre pertenencia el que sugiere la metáfora del cuerpo y sus miembros en coordinación.

La exhortación a mantener la unidad de manera “esforzada” está hablando de la dificultad que entraña la empresa (*Spoudazontes têrein tèn henotêta tou pneumatos en tô syndesmô tês eirênês*, 4,3). La imagen del cuerpo coordinado en sus miembros le viene muy bien al autor para decir que este don pluriforme de Dios a la comunidad tiene como finalidad “equipar a los consagrados para la tarea del servicio” (*Pros ton katar-tismon tòn hagîôn eis ergon diakonias*, 4,12). Se trata de un servicio enmarcado en el paradigma de la pluralidad, de la universalidad. Por eso, la comunidad ha de ser pluriforme como también lo es manera de percibir, animar y vivir la tarea reconciliadora en el mundo.

Este difícil camino de coordinar fuerzas, experiencias, vivencias, caminos, tiene como meta “alcanzar la unidad que es el fruto de la fe...la edad adulta” (*Katantêsomen ten henotêta tês pisteôs...eis andra teleion*, 4,13). La unidad del final no es para nada una limitadora uniformidad, sino el logrado triunfo de una creación orientada a su plenitud. Únicamente si se tiene claro este horizonte se pueden sortear tanto el peligro de la uniformidad como el de la disgregación que lleve a difuminar la experiencia creyente. Esto dará una reciedumbre a los miembros de la comunidad que ya no serán “zarandeados y a la deriva por cualquier clase de ventolera de doctrina, a merced de individuos tramposos” (*Klydônizomenoi kai peripheromenoi panti anemô tês didaskalias en tê kubeia tòn anthrôpon en panourgia pros tèn methodeian tês planês*, 4,14). Evidentemente la espiritualidad de la pluriformidad es siempre arriesgada. Pero es la más adecuada para conectar con el camino de la reconciliación. Por el de la dura y rígida uniformidad se deriva en la exclusión y se malogra el designio unificador del Padre.

5) *Una experiencia espiritual*

Haciendo un esfuerzo por situarse en las raíces de esta manera de entender la vida y la fe, Efesios apela a una espiritualidad elemental pero de hondo arraigo. El anhelo más básico es que los miembros de la comunidad lleguen a tener un “interior robusto” (*Dynamei krataiôthênai dia tou pneumatos autou eis ton esô anthrôpon*, 3,16). La misión de la reconciliación, el designio de Dios, no puede asentarse sobre un interior quebradizo y de poca resistencia. Al contrario, en la resistencia y fidelidad habita la esperanza de esta clase de planteamientos. Además, se requiere un estar firmemente “arraigados en el amor” (*En tais kardiais hymôn*, 3,17). Así es, ya que cumplir la vocación que Dios ha dado a la comunidad de colaborar en la reconciliación de lo creado

solamente es posible si se ama a la historia en la que se vive. El arraigo en el amor es más que simples actos; está hecho de fidelidad, resistencia, compasión y colaboración.

Desde esa base antropológica se podrá pretender conocer “el amor del Mesías” (*Agapên tou Khristou*, 3,19). Es decir, se podrá asomarse el secreto de los planteamientos de Jesús que tienen a la persona por absoluto, dado que Dios mismo se ha puesto al servicio de lo humano en la encarnación. E, incluso, no es un sueño el aspirar a conectar con “la plenitud de Dios”, el ancho corazón del Padre, del Dios que se relaciona con la historia. Es a través de una historia reconciliada con él como puede uno acercarse a estas ultimidades de la experiencia creyente.

Podría parecer que todo esto es una vanidad propia de iluminados o un anhelo absolutamente inalcanzable para la persona. Pero hay “una potencia que actúa en nosotros” (*Tên dynamin tên energoumenên en hêmyn*, 3,20). Tal potencia no es sino la obra de Jesús, de su espíritu que, en el fondo de la historia, hace una formidable obra de reconversión histórica (Jn 16,8-11). Por eso, en el anhelo de construir esta espiritualidad no es que la persona se halle dejada a sus fuerzas, sino que cuenta con la ayuda definitiva del Espíritu de Jesús que actúa en las bases de la vida.

6) A la hora de concretar

Es aquí donde Efesios “hace aguas”, hasta ser, para algunos, un texto decepcionante. Cuando Efesios trata de poner la anterior espiritualidad en clave diaria no sabe romper los códigos domésticos de la época. La novedad que había intuido no le lleva a modificar el *status quo* de su medio social. El principio clave de toda relación social es, para el autor, “la docilidad” (*Hypotassomenoi*, 5,21), no tanto la libertad. Tal vez era demasiado pedir.

Por eso, la relación hombre-mujer no está planteada en los modos de una elemental igualdad, aunque trate de rodearla de respeto. La mujer ha de ser dócil a su marido “como la Iglesia es dócil al Mesías” (*Alla ôs hê ekklêsia hypotassetai tô Khristô*, 5,24a). Utilizar el hecho creyente para explicar el sistema social imperante es muy arriesgado. Es cierto que, siguiendo la propuesta de Gn 2,24 que también el Evangelio recoge (Mc 10,6-7), se propone que el fuerte, el hombre, abandone su terreno y pase al del débil, la mujer, para que sean “una sola carne”, una unidad nueva, reconciliada en la guerra de sexos que, posiblemente, funciona desde los albores de la humanidad. Pero eso no es suficiente para construir una relación de estricta igualdad porque la cosa sigue estando en manos del fuerte.

Con más razón, lo mismo ocurre en la relación padres-hijos, apelando de nuevo al paradigma marcado ya en el AT (Ex 20,12). ¿Dónde queda ahí la novedad que aporta el espíritu de Jesús en materia de igualdad, libertad y colaboración? Aunque se insta a los padres a que “no exasperen a sus hijos” (*Mê parorgizete ta tekna hymôn*, 6,4), lo cierto es que el modelo androcéntrico continúa intacto.

Como era de esperar, el principio de docilidad se traduce en mera sumisión cuando se habla de las relaciones amo-esclavo. Es cierto que resultaba muy difícil para un ciudadano del Mediterráneo en el s.I ser abolicionista en temas de esclavitud. Pero, derivando de la espiritualidad de la reconciliación universal que tiene a la base la mera igualdad, se esperaba otra cosa. De cualquier manera la expresión “como esclavos de Cristo” (*Hôs douloi Khristou*, 6,6) es absolutamente inaceptable en nuestro contexto. El recuerdo a los amos de que ellos también tienen “un amo en el cielo” (*Eidotes hoti kai autôn kai hymôn ho kyrios estin en ouranois*, 6,9) no parece suficiente.

5. Reconciliación: una tarea de futuro

Los trabajos de la reconciliación son plurales y variadísimos, tal es nuestra enorme necesidad de una vida reconciliada. Son trabajos sociales y personales, cósmicos incluso. Por eso, para lo limitado de la reflexión, queremos fijarnos, para intentar no naufragar, como Efesios, en los “códigos domésticos” en un aspecto más o menos “concreto” de nuestra sociedad: ¿cómo hacer obra de colaboración y de reconciliación con los grandes retos del inmediato futuro? ¿Qué habría de aportar ahí una comunidad cristiana? Para ello tomaremos como guía el texto básico del politólogo Moisés Naïm, *El futuro: 10 preguntas* que recoge los desafíos generales e inmediatos del futuro tal como los ve el Carnegie Endowment for International Peace, centro de estudios sociales que acaba de cumplir un siglo. Este tipo de ejercicio muchos lo consideran banal y es probable que las repuestas no resulten acertadas. Pero la obra de reconciliación es, lo hemos dicho, una obra de futuro. Elaborar, pensar caminos, no es soñar banalidades. Quizá pueda ir contribuyendo a forjar en nosotros, como sociedad, como comunidad cristiana y como personas, un talante reconciliado y reconciliador.

1. Una reconciliación cósmica

¿Lograremos limitar el aumento de la temperatura de la tierra a tres grados Celsius o habrá subido hasta ocho grados o más? Si el incremento alcanza o sobrepasa los ocho grados, el planeta y sus habitantes enfrentarán realidades climáticas radicalmente distintas de las que hemos tenido hasta ahora. Este ya no es un debate. En los últimos 50 años, la temperatura promedio de la superficie del planeta se ha elevado 0,911 grados. Y el aumento de otros tres grados es ya imparable. La lucha es para evitar que suba más que eso.

Para muchas comunidades cristianas, como para muchos ciudadanos, un problema grave de tipo cósmico, como el calentamiento global, no es algo urgente, no ven tampoco qué tienen ellos que aportar a ese asunto. Es una falta de visión, una ceguera, que otros, como el mismo Pablo, con menos medios y conocimiento que nosotros, no han tenido (Rom 8,18-25). ¿Cómo incorporar la inquietud por algo de tanta magnitud, como reconciliarnos con la creación si, desde milenios, el camino de la creación y los derroteros humanos han divergido totalmente? Tal vez haya un camino en la espiritualidad del cuidado que es algo más que meros gestos porque es una actitud de benignidad hacia el entorno del que hacemos parte y dependemos. “Para cuidar del Planeta, todos tenemos que pasar una alfabetización ecológica y revisar nuestros hábitos de consumo. Hay que desarrollar una ética del cuidado” (L. Boff, *El cuidado esencial*, p.108). El hecho de que las personas creyentes y religiosas no hayan “moralizado” esta clase de planteamientos no les resta un ápice de valor.

2. Una reconciliación demográfica

¿Seremos 16.000 millones de habitantes en el mundo o solo 6.000 millones? Este es el rango de posibilidades que maneja Naciones Unidas con respecto a la población del planeta en 2100, dependiendo de lo que suceda con los índices de fertilidad y otros factores.

Hemos llegado recientemente a los 7.000 millones de habitantes en el planeta. El llamado problema demográfico está encima desde hace ya décadas. Y sin aparente solu-

ción, porque se piensa que la solución está en la reducción demográfica. Como eso va por caminos contrarios, el problema persiste. En realidad, se puede uno preguntar cómo el planeta aguanta esta superpoblación (y la que vendrá). Por la evidente servidumbre de los empobrecidos a los enriquecidos. Mientras la dialéctica Norte-Sur esté vigente se aguantará toda superpoblación, pero en el “pecado” llevaremos la penitencia de algo sin solucionar, siempre amenazante. Además, los intentos de pasar la factura del subdesarrollo a los países demográficamente activos, los empobrecidos, es francamente indecente (J.Menacho, *El reto de la tierra*, pp.35-40). La reconciliación en este punto pasa por un equilibrio más humano en las relaciones Norte-Sur que se ha de traducir en modos de comportamiento económicos, personales y macroeconómicos, marcados por un redistribución equitativa. Es cierto que la orientación mundial de la economía (con el nombramiento de gobiernos “técnicos” (es decir, profunda y salvajemente neoliberales) no va en esa dirección. La magnitud de la tarea no le quita actualidad.

3. *Una reconciliación pacificada y pacificadora*

¿Cuántos países tendrán armas nucleares en 2100? ¿Ninguno? ¿25? Es-te es el número de países que, según los expertos, podrían tener bombas atómicas en las próximas décadas si se empeñan en desarrollar un pro-grama con tal objetivo y si el resto del mundo se lo permite. Hoy hay nueve.

Esta es una tarea perviviente desde los pasos iniciales de los humanos por el mundo. La construcción de la paz, la artesanía de la paz (Mt 5,9) es una necesidad siempre vigente. Las armas nucleares y su ideología mortal no han menguado y no parece que vaya a hacerlo. Un conflicto bélico de proporciones mundiales es una amenaza creciente, no menguante. Colaborar desde una vida pacificada a la mentalidad social de que el camino de la gran violencia, llamémosla así, no es propia de humanos ni de gente creyente es una tarea doméstica y social a la vez. Los países de origen sociológicamente cristiano han sido promotores de esta clase de violencia grande y, en gran parte, aún lo son. Los países “nuclearmente emergentes” utilizan un argumento elemental: si ellos pueden, ¿por qué nosotros no? Aquí la reconciliación cobra un aliento planetario y da a los tratados de no proliferación nuclear, se cumplan o no, una categoría de condición de humanidad: los países que no los cumplen no son humanos y sus ciudadanos adquieren también el peso de una responsabilidad personal sobre sus propias espaldas. Si es cierto que, como dice Clausewitz “jamás puede introducirse en la filosofía de la guerra un principio de moderación sin cometer un absurdo”, tal vez haya que propugnar lo que Carvajal llama “el desarme de los espíritus”, una especie de básica renovación por dentro, una sanación en los sótanos de la existencia (*Entre la utopía y la realidad*, pp.377-378).

4) *Una reconciliación con la democracia*

¿Cuál será el modelo de gobierno que prevalecerá en el futuro: demo-cracias como en Europa, EE UU, India o Brasil, o regímenes autoritarios más parecidos a los de la China o la Rusia de hoy?

Con una democracia de componente humano, no con eso que los tecnócratas llaman democracia que no es sino el más crudo neoliberalismo en acción. Los movi-mientos sociales actuales como el 15-M o el OWS, por denostados que sean debido a

sus lógicas debilidades, apuntan en esa dirección. El descrédito que se quiere echar, con frecuencia, sobre estos brotes sociales parte de la evidencia de que se quiere un tipo de democracia que no cuente realmente con las aspiraciones de la colectividad. “La soberanía popular ha pasado de moda casi tanto como la democracia. Las pasarelas más poderosas de las economías europeas (antes llamadas Estados) han relegado las consultas populares al fondo del armario. Ya no visten igual desde que los mercados, con su elegancia pret-à-porter y en su lenguaje bursátil, castigan por desfasado eso de consultar al vulgo. Lo chic y lo cool es una democracia para el pueblo sin contar con el pueblo” (R. Manonegra, *No diga' papanatas'*, p.40). ¿Cómo se ha de ejercer una reconciliación con la democracia en estas condiciones? Adquiriendo conciencia, ejerciendo la profecía democrática, no dándose por vencidos manteniendo la utopía de otro tipo de relación social. Para el cristiano sigue viva la utopía de Jesús de una comunidad de hermanos en la más elemental igualdad (Lc 22,24-27). Arrancar este anhelo del horizonte creyente es desdeñarse del sueño elemental de Jesús.

5) *Una reconciliación de terca igualdad*

¿Continuará la rápida expansión de la clase media de esta década, en los países más pobres y poblados del mundo, o serán más bien la pobreza, la desigualdad económica y la exclusión las tendencias dominantes?

Las clases medias hacen de colchón y salvaguardia a la desigualdad y la exclusión, aunque también pueden ser manipuladas, a la fuerza o de grado, por los poderes dominantes. La evidencia de que el progreso económico no lleva siempre a la consolidación de las clases medias está en países emergentes como la India, una economía potente con un fuerte crecimiento y con unas lacras sociales que no modifican la estratificación social (acceso a la cultura y a la sanidad, trabajo infantil, desamparo social a gran escala). Mantener la utopía de la terca igualdad y hacerla efectiva allá y aquí es la manera de desbancar a las enormes fuerzas económicas y sociales que quieren, en estos tiempos, mantener lo más rígida posible la estratificación social, cosa, claro está, que beneficia los más egoístas intereses. La reconciliación demanda igualdad; desde la desigualdad no hay posibilidad de leer el rostro, la vida de la persona, en maneras reconciliadas con la simple dignidad que habita en todo ser creado. Son reflexiones generales que habrían de alimentar una mística de la igualdad que no habita en el corazón de los actuales sistemas y de sus consiguientes subsistemas, el religioso entre ellos. La certeza de creer en un Dios que paga a todos por igual con inusitada generosidad tendría que ser un ánimo para no desistir en esta utopía de la igualdad base de toda pretensión reconciliadora (Mt 20,1-16).

6) *Una reconciliación para que avance el pluralismo*

¿Se consolidará el islam como una fuente de fricciones y conflictos o se renovará, transformándose en una fuerza de apoyo a la paz y estímulo al desarrollo? ¿Ofrecerá más oportunidades a las mujeres?

Lo mismo que se espera del Islam habría que esperarlo del cristianismo y de las otras confesiones religiosas, incluso del ateísmo y del agnosticismo. Es la gran vocación de las ideologías a la convivencia plural, a la fraternidad. Para ello, estas corrientes espirituales habrán de anteponer la humanidad a su ideología. Es la gran tarea de reconciliación que tienen por delante las religiones, tanto dentro de su seno como en relación con

las demás. “Lo primero que las religiones deben hacer es acabar con el desastroso espectáculo de sus divisiones. Esto es válido sobre todo pero no exclusivamente para las tres religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo que deben emprender un diálogo a dos bandas y luego a tres, un diálogo sincero en el que se estudien los fundamentos comunes de la religiosidad de Abrahán, los puntos en los que cada uno de los respectivos maestros de las generaciones posteriores pusieron el acento, aquellos que precisamente legitiman la existencia de la diversidad en las distintas expresiones del mensaje abrahámico...Celebrando alborozados tanto las convergencias que nos descubren próximos como las divergencias que nos hacen reconocernos como complementarios. Juntos constataremos que es más lo que nos une y lo exaltaremos, que lo que nos separa y que aprenderemos a respetarlo” (B.Garzón, en XIC Congreso, *El cristianismo*, p.143). Y luego, de cara a fuera, ejercer la reconciliación en la simple valoración positiva de todos los caminos espirituales que construye la persona, con tanto esfuerzo, en el caminar histórico.

7) *Una reconciliación con la tecnología imperante*

Una de las características del siglo XX fue el surgimiento de un gran número de nuevas naciones. ¿Serán los Estados fallidos y la desaparición de naciones una característica del siglo XXI?

Una reconciliación que tiene, sin duda, un componente crítico contra una digitalización del mundo que lanza a la sociedad del crecimiento a su máxima absurdidad hasta ver en un empresario de lo virtual a un benefactor de lo humano (Jacobs), hasta excluir del curso de la historia a quien no entra en la información virtual, hasta hacer de la economía algo sin respaldo de liquidez económica real con todos los peligros que eso conlleva, hasta montar las relaciones en base a algo que es realmente frágil (las blackberry y sus caídas). La reconciliación con la tecnología no pasa por su negación, sino por una saludable crítica que la sitúe en la perspectiva de lo humano.

8) *Una reconciliación supranacional*

Una de las características del siglo XX fue el surgimiento de un gran número de nuevas naciones. ¿Serán los Estados fallidos y la desaparición de naciones una característica del siglo XXI?

Porque, aunque sea en maneras más lentas que lo que muchos desearían, el concepto tradicional de frontera y de nación se flexibiliza. Por eso mismo brotan con más fuerza los nacionalismos. Éstos reflejan el esfuerzo por hacer compatible la universalización creciente con las raíces históricas y vitales tan necesarias para la persona. Pero la alternativa de futuro no es Estado fallido y desaparecido o Estado consolidado al modo de los nacionalismos del siglo XX, sino visión amplia del hecho humano compatible con las raíces personales de cada persona, de cada grupo. Una reconciliación con el futuro de lo humano como futuro común que, por ser humano, puede incluir esos rasgos que le son a uno queridos porque pertenecen a la indisoluble historia de sus vivencias personales.

9) *Una reconciliación para globalizar la justicia*

¿Seguirá profundizándose la globalización, propulsada por tecnologías que atenúan la distancia y los costes de comunicación y transporte y por políticas públicas que estimulan la integración internacional? ¿O, por el contrario, los desajustes y las convulsiones sociales producidos por la globalización nutrirán el nacionalismo y el proteccionismo, obstaculizando el movimiento de personas, productos, dinero e ideas?

Porque lo que hasta ahora se ha “globalizado” ha sido la economía, la cultura, la ideología. Eso quiere decir que, al haberse globalizado desde presupuestos de dominio (los países ricos sobre los empobrecidos, la cultura dominante sobre las otras culturas, la ideología de pensamiento único sobre las otras ideologías), la tan cacareada globalización, se ha privatizado en beneficio de una parte menor del planeta, se ha desglobalizado. Nunca fue tan lacerante la distancia entre ricos y empobrecidos como en estos tiempos de globalización. Esta reconciliación es la madre de todas las reconciliaciones porque es la fuente de todos los desajustes y la causa de la ruina (física incluso) de millones de seres en el planeta. Mientras la pretendida globalización esté propulsada meramente por la tecnología y no por la dignidad y la justicia tendrá inevitablemente los efectos del nacionalismo excluyente, del proteccionismo que bloquea el acceso de los empobrecidos a la riqueza, del control de las personas en beneficio de los sectores dominantes, la utilización criminal del dinero sin mirar a los cadáveres que deja en el camino y la pervivencia de ideas colonizadoras sin ninguna clase de cuestionamiento. De ahí que la reconciliación con otro modelo de globalización se haga más necesaria que nunca.

10) Una reconciliación para la corresponsabilidad en el poder

El poder económico, político, militar y social, ¿estará más o menos concentrado?

Es la gran cuestión, la del poder, porque es el lugar donde se adensa lo inhumano y la posibilidad de crecer en humanidad. La reconciliación pasa por des-concentrar el poder, por repartirlo. Desde los viejos tiempos del libro de Números en que Moisés tuvo que repartir el poder para guiar a aquella comunidad primordial (Num 11) hasta hoy mismo, el tema del reparto del poder es una cuestión siempre abierta. La concentración de poder nubla el horizonte de la historia; su reparto abre muchas posibilidades. Esta reconciliación habrá de hacerse en el gran terreno del poder político y el cercano pero muy importante terreno del poder doméstico, en el poder sistémico y en el ámbito de poder personal y cotidiano. La estructura de poder que afecta a la entraña de lo que vive demanda una reconciliación que ha de venir por la corresponsabilidad que es el empoderamiento en el no poder, en la participación del mismo.

Conclusiones

Tras este recorrido reflexivo podemos concluir con varios pensamientos finales:

- Hay que alejar del horizonte del pensamiento humano, como una pesadilla, el cansancio, comprensible por otra parte, que produce en la sociedad el tema de la reconciliación. Aunque parece cosa a la que se ha recurrido hasta la exhaustividad, en realidad es camino siempre por andarse.

- Para abrir la puerta a la reconciliación se requiere un ejercicio benigno y fraterno de la memoria que escape, por igual, al olvido y la venganza. Solamente dosis grandes de humanidad puede hacer este milagro.
- Las religiones y sus adherentes están llamados a ejercer la profecía de la reconciliación. El rostro de la violencia religiosa, en cualquiera de sus formas, no se compatibiliza con la elemental bondad de Dios.
- La Palabra muestra que la comunidad cristiana se asienta sobre la ley del servicio (Jn 13) y los trabajos de reconciliación (Ef 1,10). Esto es lo que otorga especificidad a la fe cristiana.
- Los trabajos por un futuro reconciliado son trabajos benditos, porque son humanos. Entroncan con el gran sueño de Dios sobre la historia, su designio de bondad del que depende la dicha de las personas y de la creación entera.

Bibliografía:

- AA.VV., *La carta a los Efesios*, en *Reseña Bíblica*, 45 (2005).
- BOFF, L., *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la tierra*, Ed. Trotta, Madrid 2002.
- BOYERO, C., *¿Perdón?*, en *El País*, 30-10-2011, p.57.
- FERNÁNDEZ, J., *Ser humano en los conflictos*, Ed. Alianza, Madrid 2006.
- GARZÓN, B., *El cristianismo ante el siglo XXI*, XIX CONGRESO DE TEOLOGÍA, Centro Evangelio y Liberación, Madrid 2000.
- GONZÁLEZ-CARVAJAL, L., *Entre la utopía y la realidad. Curso de Moral social*, Ed. Sal Terrae, Santander 1998.
- MANONEGRA, R., *No diga 'papanatas' ¡diga Papandreu!*, en *Diagonal*, 10-23/nov/2011, p.40.
- MARINA, J.A-DE LA VÁLGOMA, M., *La lucha por la dignidad. Teoría de la felicidad política*, Ed. Anagrama, Barcelona 2000.
- MATE, R., *Auschwitz. Actualidad moral y política*, Ed. Trotta, Madrid 2003; *Por una justicia anamnética*, en *Iglesia viva* 247 (2011) 29-47.
- MENACHO, J., *El reto de la tierra. Ecología y justicia en el siglo XXI*, Cuadernos de "Cristianisme i justícia" 89, Barcelona 2000.
- MPILO TUTU, D., *Introducción al informe de la Comisión de la Verdad y la reconciliación de Sudáfrica*, en *Istor* 2 (2001) 7-24.
- MÚJICA, H., *Y siempre después del viento*, Ed. Visor, Madrid 2011.
- TEILHARD DE CHARDIN, P., *Himno al Universo*, Ed. Trotta, Madrid 1996.
- ZAMORA, J.A., *Experiencia de Dios y justicia anamnética de las víctimas*, en *Iglesia viva*, 247 (2011) 49-62.

Prof. Fidel Aizpurúa Donazar
Facultad de Teología. Vitoria